CARTA ABIERTA

Sr. Director de EL LABRIEGO.

Querido Arturo: Por un redactor de EL LABRIEGO, en nombre tuyo, fui requerido para que dedicase unas cuartillas al fundador del mismo, tu buen padre, é inolvidable amigo mío; permíteme lo haga en esta forma epistolar y con la concisión debida para que otros dediquen á su memoria el merecido elogio que su ilustre personalidad merecía, puesto que no he de hablar en estos momentos de sus excelentes condiciones, mejor apreciadas por mí que por otros dado el frecuente trato que sosteníamos. Esto no obstante he de hacer mención de la singular predilección que sentía por la prosperidad de Ciudad Real, pues casi á diario era nuestra conversación y constantemente le preocupaba todo aquello que pudiera redundar á su engrandecimiento. Por esto aceptó la presidencia del Ayuntamiento, después de haber desempeñado cargos de mayor importancia, y durante el tiempo que la ocupó—con tanto acierto como cariño—dejó muy bien probado cuanto dejo expuesto, pues inició un periodo de reformas urbanas que se vieron coronadas por el éxito con la inauguración del nuevo mercado, transformación de las dependencias municipales, plaza de la Constitución y otras que sería prolijo enumerar.

Como premio á su constante y beneficiosa labor, la Corporación que presidía le nombró *hijo predilecto* de esta capital, cuyo título le enorgulleció más que ningún otro.

Él fué uno de los que más ansiaba le sucediera en el cargo, que acepté requerido por el deber que todos tenemos de sacrificarnos por nuestro pueblo, y recuerdo que nuestra última conversación fué que dicho cargo no debía ocuparlo más que los hijos de esta ciudad.

No olvidaré la despedida que ya agonizante me hizo; correspondiendo siempre á su amistad la tendré presente, y si para todos mis alumnos guardo singular afecto, para tí no dudarás que podrás contar igualmente con la cordial amistad de tu afectísimo q. e. t. m.

MIGUEL PÉREZ MOLINA.

Ha muerto el Maestro

A la memoria de don
Ceferino Saúco Díez.

...Luchó para vivir. La lucha por la existencia, fué titánica y mordaz para el maestro. Luchó con amor y fé por un ideal que lo ha glorificado. Murió cuando la lucha abandonó, cuando su vida dolorida y fatigada se dió al descanso, á la paz, á la santa tranquilidad del hogar.

Y descansó. Descansó para siempre. Encontró el descanso que otras veces apeteciera. Encontró el descanso Divino. Murió. Para siempre descansó.

Ha muerto el maestro, sí, ha muerto. Cuando la vida le era dichosa y feliz; cuando solo placeres y amores encontraba en su derredor la muerte, traidora muerte que nada respeta, robó dicha y felicidad, placeres y amores y todo juntamente con el alma del hombre sabio fué sepultado en el caos que el destino guarda para refugio de los mortales.

Lloremos al maestro. Recémosle. Pidamos por su alma. Imploremos al cielo descanso y paz para su espíritu. ¡Lloremosle!

¿Ha muerto?

¡Sí, ha muerto. Su cuerpo inerte y frío como la muerte que nos lo arrebató, le he visto descansando sobre unas baldosas, frías é inertes también.

A lo largo de la habitación, su cuerpo descansaba, cuando por última vez lo ví.

Ante él, pálido, con los ojos bañados en lágrimas, con el corazón oprimido ferozmente, con el alma taladrada por el dolor y la pena, he rezado un padre nuestro, que mis labios tembloros han repetido muchas veces.

Ante el cadáver del maestro, he rezado. En su recuerdo rezaré muchas veces.

Y descansó. Descansó para siempre. Encontró el descanso que otras veces apeteciera. Encontró el descanso Divino. Murió. Para siempre descansó ¡¡En paz descanse!!

ENRIQUE PEDRADA, (Tarmín).

A la memoria de mi inolvidable amigo

Don Ceferino Saúco Díez

En estos renglones, muy sinceramente, quiero yo decirte lo que te he llorado, lo que hemos sufrido, lo que el alma siente, desde que la muerte nos ha separado.

En vano luchamos contra un imposible queriendo por siempre retenerte aquí, porque desde el alto, la mano invisible del Omnipotente, te elevó hacia Sí.

No pienses por eso que te olvidaremos que quien bien te quiso siempre te ha de amar y si ya tu cuerpo nunca más veremos nadie tu recuerdo nos podrá robar.

Sabes que mi afecto fué siempre sincero, lo que estoy sufriendo bien te lo hará ver, y es que ahora he sabido de un modo certero lo que son las penas, lo que es padecer.

Adiós para siempre; mi adiós cariñoso desde aquí te envío, y al Todo Hacedor pido te conceda su eterno reposo y á mí un lenitivo para este dolor.

CARMEN DE LA ESCOSURA.